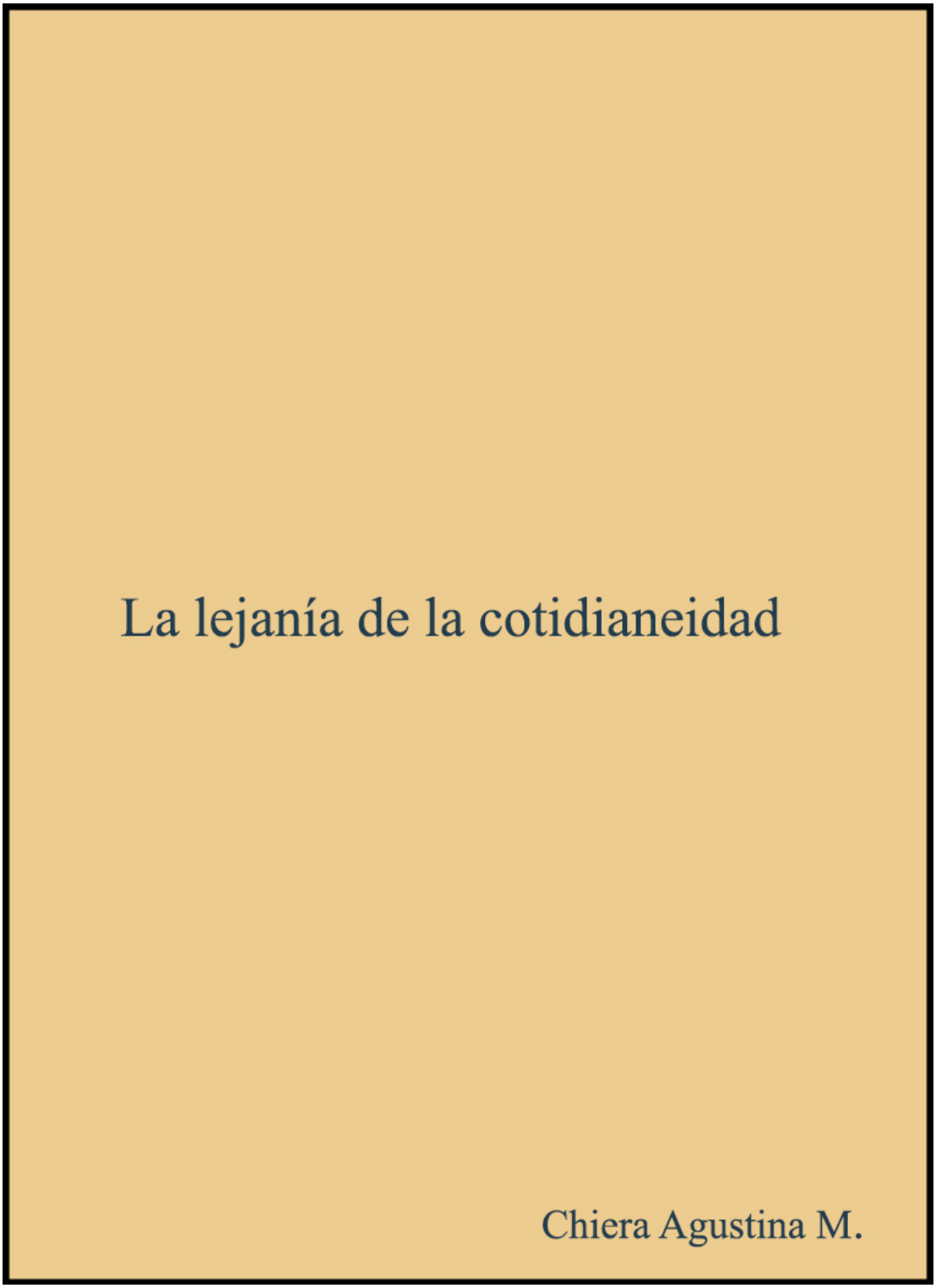
La lejanía de la cotidianeidad

Agustina Chiera



Capítulo 1

La lejanía de la cotidianeidad

Sí, se mudó de país. Sus padres sufrieron. Dejó atrás una vida en la misma casa, noches de descanso en una misma cama y la comida casera de mamá. Allá a lo lejos quedaron las tardes de ida a la universidad y el día de su egreso con la familia.

Cuando se trata de sueños, hay que luchar. No es fácil. El corazón sufre decepciones y los recuerdos de la vida pasada se presentan cada domingo a las siete de la tarde. Piensas en las juntadas familiares, las risas con tus hermanos y los debates sobre economía en la cena.

Y sí, recuerdas. Recuerdas la despedida en el aeropuerto. Las lágrimas de cada persona que estuvo allí. Recuerdas las canciones que escuchabas en el equipo de música de tu habitación y te ponías a bailar. Piensas en todo aquello que dejaste y que extrañas cada día un poco más. Te sientes agradecida por la vida que has tenido. Te afirmas día a día que luchar por lo que uno desea no es sólo decirlo y sentirlo, es también tener la fortaleza en el alma que podrás romper cualquier obstáculo del camino.

Estar lejos de casa y con diferencia horaria te endurece el corazón de alguna manera. Aprendes que la videollamada es el abrazo que te gustaría darle a cada una de las personas que extrañas. Aprendes que cualquier circunstancia que te ocurra debes ser fuerte y atravesarla sin compañía de ellos. Aprendes a conocerte, a llorar a escondidas un poquito y a ser fuerte nuevamente.

Durante años siempre tuviste una creencia que te ayudó a enfrentar lo que la vida deseara. La estrella que estuviera delante de tus ojos refleja a las personas que te cuidan y a las que más amas. Cuando caminas y la ves delante de ti, los sientes, los abrazas y sabes que te acompañan. A veces les dices algunas palabras y otras sólo los observas.

Se extraña todo aquello que uno abandona, pero tuviste un sueño y fuiste tras él. Día a día se lucha con las emociones, con los recuerdos y con aquella cotidianeidad que está a miles de kilómetros. Te vas enamorando de la nueva ciudad y la comparas con la anterior en la que viviste. Sí, te gustaría estar en ambos lados a la vez. Da miedo y terror, pero la incertidumbre es parte del proceso de la vida. Comienzas a descubrir en ti las fortalezas y debilidades, hasta que tu mamá exclama: Te extraño hija. Todo se derrumba y vuelves a bajar la cabeza y a cuestionarte la decisión. No, no es tu tierra ni tu gente y eso se siente y muy fuerte de a momentos.

Decides continuar con tus proyectos esperando tal vez que aquello cese cada vez un poco más y darle lugar a nuevos sentimientos. Sabes que no puedes porque es parte de ti.

Es domingo por la noche y te acuestas mirando al techo. Cierras los ojos y te ves caminando por allí en un anochecer de invierno estando todos en casa, mamá haciendo la polenta con salsa y el calefactor está encendido. Tu papá está con la computadora y tu hermana tiene unas medias peluditas porque sufre de mala circulación en los pies. Vas caminando y les sonríes, pero ellos no pueden verte. Al final, te encuentras bien. Sólo sueñas con los hechos pasados y los extrañas un poco menos.

Vuelves tu mente al presente y sí, creciste y maduraste. No te conviertas en una persona fría. No ocultes tus sentimientos. Sí, te mudaste de país y has aprendido más en aquellos meses que en toda tu vida. Has aprendido que la lejanía de la cotidianeidad se convierte en un vacío en el alma y que tu vida es batallar día tras día contra todo tu interior emocional para conseguir la victoria. La victoria por ellos y para ellos además de ti. Allá y acá está esa estrella, la que me acompaña en esta nueva vida.

Chiera Agustina M.